

fundir temor á la emperatriz, proponiéndole que Austria protestara contra el paso de los rusos por el Danubio (1); y cuando supo las inauditas condiciones que exigía Catalina para firmar la paz, dijo á Van Swieten que desde aquel momento usaria de muy distinto lenguaje respecto de Rusia, etc. (2). Esto sin embargo no impidió al rey deshacerse por aquel mismo tiempo en cortesías y alabanzas que constituían el fondo de todas sus cartas dirigidas á Catalina, pues no creía poder desistir de su alianza con los rusos. Esta alianza adquirió mayor fuerza, á fines de 1770 y á principios de 1771, con la permanencia del príncipe Enrique en San Petersburgo.

Durante el verano de 1770, supo Catalina que el príncipe Enrique se encontraba en Estocolmo al lado de su hermana la reina, y rogó en su consecuencia á Federico que excitara á su hermano para que hiciera una excursión á San Petersburgo (3), invitación que pudo muy bien ser motivada por la amistad que comenzaba á traslucirse entre el Austria y Federico y por la entrevista celebrada entre éste y José en Neustadt. El rey accedió galantemente á los deseos de Catalina, escribiendo á su hermano que aquella excursión era necesaria (4). En un despacho dirigido á Solms calificaba Federico el viaje de Enrique de medio de estrechar mas los lazos que unian á las cortes de Berlín y de San Petersburgo, á fin de que en lo porvenir fuesen indisolubles. Decíale que entonces como antes, hubiera puesto sus intereses en manos de Solms, pero como el príncipe Enrique hacia aquel viaje, quería y debía conseguir algo por su medio, pues tenia sobre el embajador la ventaja de que podía hablar mucho y sin consideración alguna con la emperatriz (5).

El príncipe llegó á la capital rusa, donde permaneció desde los últimos meses de 1770 hasta principios de 1771. Catalina se deshizo en muestras de consideración y de amabilidad hacia el hermano de Federico: diéronse en la corte espléndidas fiestas y magníficos espectáculos en honor del ilustre huésped, tales como paseos en trineo, bailes de máscara, fuegos artificiales, etc.; y el lenguaje franco y la sincera afabilidad del *Eremitage* cautivaron al príncipe, á quien se colmó de presentes y se concedieron las insignias de varias órdenes (6).

A pesar de su figura poco simpática, produjo el príncipe Enrique cierta impresion (7): en un principio, la emperatriz le encontró ordinario y le comparó con un «pájaro de plomo (8);» pero en sus posteriores cartas á la señora de Bjelke le colmó de alabanzas (9), y despues de su partida de San Petersburgo procuró averiguar si habia quedado satisfecho de su permanencia en la capital rusa. Ella misma trazó el borrador de una carta de Gregorio Orloff destinada á acompañar un presente que el conde enviaba al príncipe, consistente en un cuadro de Werff (10). El príncipe no se mostró menos favorable para con la emperatriz, en las conversaciones que tuvo con el baron Grimm, el conde Segur y otros (11).

Precisamente en las conferencias de Catalina con el príncipe Enrique habia de hablarse de política: poco tiempo antes, habia tenido efecto la ocupacion de Zip por el Austria;

(1) Reimann, pág. 293, 330.

(2) Beer, II, 15.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 271.

(4) Duncker, pág. 197.

(5) Reimann, pág. 343.

(6) Hordt *Memorias de un noble sueco*, Berlin 1788, pág. 310-321.

(7) Blumm, *Un hombre de Estado ruso*, I, 312, 313, 315.

(8) Catalina á Alejo Orloff. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 62.

(9) Véanse las cartas á Voltaire y á la señora Bjelke, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 43-45, 53, 59, 63.

(10) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 140.

(11) Véanse, entre otras obras, las *Memorias de Segur*, II, 143.

la corte de Viena habia descubierto en Polonia territorios que decia le pertenecian, y con el acto que el Austria llevó á cabo en 1769-1770, acto que era mas bien de violencia que de reivindicacion de un derecho, dió un ejemplo que otros países creyeron digno de imitacion. A principios de enero de 1771, Catalina habló con el príncipe Enrique de estos sucesos. ¿Por qué, preguntaba la emperatriz, no podian todos hacer lo mismo que habia hecho el Austria al tomarse el territorio de Zip? Enrique contestó que su hermano habia tendido un cordon en Polonia, pero que no habia tomado posesion de una sola piedra de una estarostia. ¿Por qué no lo hizo? exclamó riendo la emperatriz. Aquella misma tarde, el conde Chernysheff abordó la misma cuestion y tambien preguntó admirado por qué el rey no se apoderaba de Ermlandia, pues que todos debian tener parte en el botin. El tono de la conversacion era, al parecer, jocoso é indiferente, pero en el fondo el asunto era tenido por serio y tratado como tal. Estas conversaciones fueron el punto de partida de trascendentalísimos acuerdos. El príncipe habló con Saldern de «quimeras políticas,» calificación que daba al proyecto de reparticion, y manifestó que una triple alianza entre Rusia, Prusia y Austria podria llevar á feliz término las cuestiones no solo de Turquía sino tambien de Polonia (12). Panin aceptó con entusiasmo la idea de una alianza de las tres potencias que tendiera á la desmembracion de los territorios polacos.

El príncipe Enrique habia hecho notar que su hermano Federico auxiliaba pecuniariamente á los rusos, sin obtener recompensa alguna; y ya antes de su viaje á Rusia habia manifestado á Federico, en una carta, que la emperatriz debia darle una buena parte de Polonia, á cambio de los sacrificios que habia hecho (13). El mismo se alabó despues de haber sido el causante de la desmembracion de Polonia, y puso á la emperatriz por testigo de lo que decia (14). La opinion pública creyó en efecto que la permanencia del príncipe Enrique en San Petersburgo habia influido de un modo decisivo en la primera reparticion de Polonia (15).

No cabe duda alguna acerca de la influencia que en el ánimo de Federico ejercieron las observaciones que le hizo el príncipe Enrique en sus cartas y en sus conversaciones despues de su regreso á Prusia, excitándole á que aceptara el proyecto de desmembracion de Polonia. Inmediatamente despues que Enrique hubo regresado á Berlín, ocupóse el rey en estudiar cuánto producian los territorios polacos cuya anexion parecia deseable y posible; y dió instrucciones á Solms para que trabajara en pro de una inteligencia entre Rusia, Prusia y Austria, cuyo objeto fuese engrandecerse las tres potencias á costa de la Polonia. Las observaciones de Catalina habian caido en fértil suelo: las manifestaciones de Enrique influyeron en el ánimo de Federico, el cual decidió sacar de su situacion todo el provecho posible (16).

La idea de una desmembracion de Polonia era poco menos que general, viéndose manifestada en las cuestiones mas heterogéneas. En marzo de 1770 el embajador ruso en Polonia, Wolkonsky, decia al diplomático prusiano Benoit, en Varsovia, que lo mejor seria que Prusia y Rusia se encargaran de la administracion de las respectivas provincias polacas sus vecinas, plan que, en el fondo, descansaba en una desmembracion de Polonia (17). Tambien Saldern, sucesor

(12) Véanse los detalles en Duncker, pág. 210-213.

(13) Reimann, pág. 351.

(14) Ssolowieff, *Ruina de Polonia*, pág. 151.

(15) Hordt, *Memorias*, pág. 321.

(16) Arneth, VIII, 195, 294, 300.

(17) Reimann, pág. 311.

de Wolkonsky, escribió á Panin diciéndole que decididamente debía desmembrarse la Polonia para hacer entrar en razon á los republicanos (1). Ya en 1769, Federico habia enviado al conde Solms el llamado proyecto de Lynarsch relativo á una reparticion de Polonia, para conferenciar acerca de él con Panin; pero despues lo retiró (2).

La conducta seguida por Rusia, en Polonia, desde el advenimiento de Catalina al trono habia sido de tal naturaleza, que la cuestion que habia que resolver no era tanto la de si Polonia debía ser desmembrada, como la de si Rusia debía ser la única en apoderarse de ella ó si debía repartir el botin con otras potencias. Por aquel tiempo se proyectaba



THE TWELFTH CAKE. | LE GÂTEAU DES ROIS.

Sold by Robt. Sayer N.º 53. in Fleet Street.

se trouve à Paris chez le Citoyen rue St. Eustache des Gr.

Le gâteau des Rois (La torta de los Reyes). Del libelo satirico de la desmembracion de Polonia. Reduccion del grabado de N. le Mire

en Austria la desmembracion de Turquía (3); la ambicion de conquistar territorios turcos fué lo que, en 1780, indujo al emperador de Austria á formar alianza con Catalina, y el deseo de engrandecerse á costa de Polonia fué del mismo modo el lazo de union entre Prusia y Rusia.

(1) Reimann, pág. 408.

(2) Schlözer, pág. III-III.4. Duncker, pág. 178-180.

(3) Arneth, pág. 339.

CATALINA II.

La suerte de Polonia estaba en manos de los rusos, y si Prusia no se daba prisa podia muy bien acontecer que llegara tarde para entrar en el reparto del botin.

Los enemigos de Rusia en Polonia se vieron en situacion tan crítica que pusieron sus esperanzas en la Puerta, con la cual estaba en guerra la Rusia. Catalina insistia en la necesidad de que las tropas rusas se apoderaran de algunas importantes fortalezas de Polonia, y así se hizo, con el pre-

texto de prepararlas para el caso de una invasión de los tártaros, pero en el fondo para robustecer la dominación rusa en Polonia (1). Rusia era odiada: los diplomáticos rusos se encontraban en una situación difícil, hasta el punto de que Repnin calificó de prisión el tiempo que había permanecido en Polonia. Incesantes quejas se suscitaban contra las violencias ejercidas por los rusos: el rey se encontraba en una posición que calificaba de intolerable en las cartas que dirigía a la emperatriz, y ésta le contestaba que acudiendo a la defensa de los disidentes el gobierno ruso no había hecho más que cumplir con un deber. Estanislao habló varias veces de dimisión; pero Rusia creía necesario tenerle allí de rey y procuraba evitar su caída. En tiempo de Wolkonsky continuaron las quejas como en tiempo de Repnin (2).

Los polacos no se formaban ilusión alguna acerca de la suerte que a su patria estaba reservada. El residente francés en Danzick, Gerard, escribía diciendo que el rey Estanislao había ofrecido extensos territorios de Polonia a las cortes de Berlín y de Viena, con la sola condición de que ambas potencias le apoyaran, reconocieran el carácter hereditario de la monarquía polaca, etc. Cuando el Austria ocupó el Zip, la población de Polonia creyó que de un momento a otro iba a sobrevenir la desmembración. Al poco tiempo, se presentaron nuevas tropas prusianas en el país y todos creyeron llegado el momento decisivo. No había que contar con el auxilio de los franceses: los polacos eran incapaces de proceder unidos, y aun uniéndose, también hubieran tenido que sucumbir ante la superioridad de las grandes potencias. Todo esfuerzo hacía la independencia era sofocado en su origen: todo sentimiento independiente del monarca, que escribía con frecuencia a la emperatriz, obtenía de esta la contestación severa de que el rey debía someterse y no esperar nada de los franceses (3).

Para las grandes potencias, la cuestión consistía tan solo en ponerse de acuerdo en el reparto del botín. San Petersburgo decía a Prusia: «Habiendo dado el Austria el ejemplo de una desmembración de Polonia, mal harían Prusia y Rusia en no hacer otro tanto: en los archivos de Berlín se encontrarán fácilmente documentos que prueben los derechos de Prusia sobre la Ermelandia, como en los de San Petersburgo se hallarán otros que demuestran los de la Rusia sobre la Livonia.» Solms oía hablar de fronteras que sirvieran después de base para el reparto. La cuestión era indemnizarse de los gastos ocasionados por la larga guerra de Polonia y de Turquía. El asunto fue llevado perfectamente por parte de Rusia, con una energía, que comenzaba por partir de la emperatriz, y no sin cierta dureza contra el Austria (4).

También Federico trabajaba con decisión y rapidez, pidiendo a Solms que hiciera cuanto pudiera a fin de conseguir para él una parte de Polonia. «Y aun cuando no podáis lograr más que un pedazo, escribía, este me indemnizará de las sumas que he facilitado a la corte en que os encontráis (5).» El rey prusiano tomó este asunto con tanto mayor interés, cuanto que con una división de Polonia podían caer por su base las pretensiones de Rusia en Oriente. «A Rusia le será indiferente, a mí entender, escribía, que proceda de uno ó de otro lado la indemnización que puede exigir por los gastos de la guerra contra los turcos; y como esa guerra procede única y exclusivamente de la cuestión de Polonia, no sé por qué Rusia no dirige todos sus esfuerzos a indem-

nizarse con las fronteras de esa república.» Federico preguntó al conde Finkenstein si podría darse a comprender al Austria que solo de ella dependía hacer más considerable la nueva posesión. «Esto, decía, nos daría derecho a aumentar nuestra parte.» Y más adelante hacía la siguiente observación: «No hemos de quedarnos con las manos vacías el día en que se proceda a un reparto.» Su atención se fijaba en la necesidad de llegar a un acuerdo con el Austria; y en sus conversaciones con el embajador austriaco decía: «Mirad en vuestros archivos si encontrais pretextos para formular pretensiones sobre alguna vaivodia que pueda conveniros. Creedme: es preciso aprovechar la ocasión: yo tomaré mi parte y Rusia la suya, etc. (6).» Federico escribió asimismo a Solms en los siguientes términos, como si también quisiera anexionarse a Danzick: «Añon pertenecía al Papa y los franceses se apoderaron de aquel territorio; Estrasburgo era una ciudad libre y Luis XIV la hizo suya. ¿Y cuántos más ejemplos de esta especie no ofrece la historia (7)?»

La unión en lo que a Polonia se refería parecía tanto más necesaria cuanto que sin ella no solo no cesaría la lucha entre turcos y rusos, sino que daría lugar a nuevos conflictos. Catalina rechazó toda intervención pacífica de Prusia, pues no tenía ganas de verse detenida en su brillante carrera política. También podía oponerse el Austria, la cual se inclinaba más a reconocer los triunfos de Rusia en Crimea, que a tolerar las innovaciones que respecto de Moldavia y de Valaquia había proyectado Rusia. El Austria acariciaba la idea de combatir con la Puerta contra Rusia y la misma María Teresa, a quien repugnaba una alianza con los turcos, dió, conforme lo exigían el tiempo y las circunstancias, su consentimiento para oponerse por medio de las armas a los progresos de los rusos. Kaunitz opinaba que ninguna potencia del mundo podía salvar a los turcos más que el Austria; de aquí pues la alianza con la Puerta (8). Dada esta energía desplegada por el Austria, era de temer un rompimiento con Rusia.

Frente a todos estos sucesos, Catalina observaba una conducta altanera: Rusia no quiere dejarse imponer leyes por el Austria, decía Panin a Solms. Federico, que deseaba evitar a toda costa una guerra, se mostró dispuesto a desarmar la actitud belicosa del Austria, ofreciendo a esta potencia una participación en el reparto de Polonia; y efectivamente, en las negociaciones que con este objeto se entablaron en Berlín, se demostró que la ambición del Austria no era menor que la de Prusia y la de Rusia (9).

Ya sabemos que María Teresa se resistió durante mucho tiempo a emplear medios violentos; pero al fin otorgó su consentimiento. Federico había mostrado un enérgico espíritu de iniciativa. El Austria se hubiera encontrado en una situación aislada; pero gracias a los esfuerzos que se hicieron llegó a realizarse la aspirada unión (10).

Pasaremos por alto los detalles de las negociaciones, durante las cuales se tocó también la cuestión oriental, como lo demuestra la proposición que hizo el Austria para que la Moldavia y la Valaquia fuesen cedidas al príncipe Enrique (?) (11).

En virtud del tratado de 5 de agosto de 1772, la república de Polonia perdió unas 4,000 millas cuadradas y unos 5 millones de habitantes, quedándole 6,000 millas cuadradas y 9 millones de habitantes. Rusia recibió los territorios cuya

(6) Reimann, 385-391.

(7) Reimann, pág. 425.

(8) Beer, II, 26, 32, 37.

(9) Beer, II, 173.

(10) Diálogo entre Lobkowitz y Panin, Ssolowieff XXVIII, 252.

(11) Ssolowieff, XXVIII, 255.

(1) Ssolowieff, XXVIII, 57.

(2) Véanse los detalles en Ssolowieff XXVIII, 58-82.

(3) Ssolowieff, XXVIII, 177-192.

(4) Reimann, pág. 367, 377.

(5) Reimann, pág. 584.

anexión había deseado Chernyscheff algunos años antes, a saber, la Rusia Blanca que se extendía junto al Dwina y al Dnieper, ó sean 1775 millas cuadradas con 1.800,000 habitantes. La política de Catalina fue objeto de general admiración; y cuando se firmó el tratado, escribió Kaunitz a Lobkowitz: «El sistema político de la corte de Rusia, lo considero en conjunto como una obra maestra de la ciencia de Estado, que ofrece en todas sus partes meditación, trabajo y cohesión (1).»

La política de Catalina, cuyo objeto era convertir a Polonia en un Estado vasallo de los rusos, por medio de la conservación de la Constitución y de la protección dispensada a los disidentes, había dado para Rusia excelentes resultados. El deseo de paz de Federico y la amenazadora conducta del Austria habían obligado a la emperatriz a repartir el botín con las dos potencias, impidiéndole conseguir el objeto que originariamente se había propuesto, que era dominar sola sobre toda la Polonia. En el fondo, la política de conquista de Rusia había sido la causa primordial de la repartición, a la cual dieron impulso los triunfos conseguidos en Polonia por los generales y diplomáticos rusos, y las victorias obtenidas por las armas rusas en Chesme, Larga y Kagul (2). Federico el Grande admiraba el arte político de la emperatriz, diciendo en tono jocoso que la obra de Catalina en Polonia se había llevado a cabo sin que fallara un solo mecanismo (3). Pero también él, por su parte, había trabajado con habilidad suma, logrando poner, a lo menos en lo que a Polonia se refería, ciertos límites a la política de conquista de los rusos.

La conquista de la Rusia Blanca, un siglo después de la de la Pequeña Rusia, era una gran ganancia para Catalina. El hecho de haber logrado este resultado interviniendo en defensa de los disidentes, daba a la empresa un carácter nacional. Las violencias que se cometieron fueron menos censuradas entonces de lo que posteriormente lo han sido; y la responsabilidad de lo acontecido incumbe por iguales partes a Catalina y a Federico. La solución provisional dada a la cuestión de Polonia coincidió con el apogeo de la alianza entre Prusia y Rusia. Los fines que perseguía Catalina en Rusia debían enemistarla tarde ó temprano con Prusia y atraerla la amistad de la corte de Viena.

La noticia de la suerte que había cabido a Polonia produjo penosísima impresión en Constantinopla, pues los turcos creyeron probable que también en lo que a ellos se refería se aliaran las tres grandes potencias (4).

Cierto que no faltaban proyectos de desmembración de la Turquía, pero su realización ofrecía grandes dificultades.

No había podido lograrse la solución simultánea de las cuestiones polaca y turca. Catalina había rechazado toda intervención pacífica por parte de Prusia y del Austria, contentándose con decir que agradecía sus «buenos servicios.» Mas a pesar de la altanera conducta observada por la emperatriz; a pesar de la inminencia de un conflicto con Austria en la cuestión de Oriente, y no obstante el lenguaje usado por Catalina en las cartas que dirigía a Voltaire y en las cuales ponderaba los medios de fuerza de que disponía, lo cierto es que en Rusia se sentía verdadera necesidad de paz. En este sentido se sostuvieron discusiones en el seno del Consejo de San Petersburgo, y en el mismo sentido

escribía Panin a Rumjanzoff (5), y sostenía la emperatriz correspondencia con este general y enviaba instrucciones al conde Alejo Orloff (6).

Catalina se enteró siempre de los detalles de las operaciones militares y estaba en continuas relaciones con los generales, a quienes dirigía palabras de consuelo cuando sufrían algún fracaso (7). Para llegar a la paz era preciso ponerse de acuerdo respecto de Moldavia y Valaquia, por un lado, y por otro respecto de Crimea. Cuantas más dificultades oponía al primer punto el Austria, tanto más era de desear la dominación definitiva de Crimea, y al mismo tiempo era evidente que no podía irse demasiado lejos por la senda de las negociaciones diplomáticas entabladas en Berlín y en Viena.

Entre tanto, comenzaba a hablarse en Constantinopla de un Congreso de paz que debía celebrarse en Jassy. Rusia creía poder consentir en él, pero al propio tiempo pensaba en apoyar la acción diplomática por medio de operaciones militares, y así se esparció el rumor de que se intentaría un ataque contra Constantinopla, y la emperatriz expuso al Consejo del Imperio su pensamiento de que una cuarta campaña (1772) facilitaría la paz (8).

Las negociaciones para convocar un Congreso que se reuniera durante el verano de 1772 en Fokschan, aldea situada en las fronteras de Moldavia y Valaquia, tocaron a su término. A él acudieron como representantes rusos el conde Gregorio Orloff y el embajador ruso en Constantinopla Obrjeskoff, que había sido puesto en libertad. En las instrucciones que para ellos se redactaron se hacía observar que la exigencia de parte de Rusia de obtener la independencia de Crimea, encontraría grandes dificultades, pero que antes debía cederse en todos los demás puntos que en este. La emperatriz esperaba un gran triunfo, confiada en la habilidad diplomática de Orloff, cuyas dotes, belleza y nobles sentimientos había ponderado repetidas veces en sus cartas a la señora de Bjelke (9).

En mayo de 1772, convino en Giurgiewo un armisticio (10), y a fines de julio se reunió el Congreso en Fokschan. Los rusos alabaron la conducta de Segelin, al paso que manifestaron la penosa impresión que en ellos había causado la frialdad y reserva de Thugut. Los turcos no querían oír hablar de la independencia de los tártaros. La opinión general era que Orloff deseaba la continuación de la guerra, y todos hablaban de los proyectos del conde que se presentó con gran aparato y que ofendió con su altanería a los turcos (11).

Como era de esperar, a las tres semanas se separaron los delegados sin haber podido entenderse. Era, pues, preciso contestar al sultán a cañonazos, como decía en broma Catalina en su carta a Voltaire (12). En su consecuencia, se expidieron a los generales y almirantes nuevas órdenes, en las cuales se les excitaba a que siguieran con energía las operaciones contra el enemigo (13). Catalina estaba decidida a declarar que las negociaciones habían fracasado por la

(5) Archivo ruso, 1882, III, 59.

(6) Ilustración de la Sociedad histórica, XIII, 203, I, 84-90.

(7) Véase, por ejemplo, su carta a Rumjanzoff, cuando los rusos fueron derrotados en Giurgiewo. Ssolowieff, XXVIII, 218.

(8) Ssolowieff, XXVIII, 336-337. Acerca de un ataque a Constantinopla, véanse las negociaciones en el Archivo del Consejo del Imperio, pág. 133.

(9) Ilustración de la Sociedad histórica, XIII, 258-259.

(10) Ilustración de la Sociedad histórica, I, 82.

(11) Jauffret, I, 440-450; tomado de archivos franceses. Véanse algunos detalles en la biografía de Orloff, en el Archivo ruso, 1873, pág. 82.

(12) Ilustración de la Sociedad histórica, XIII, 266.

(13) Jauffret, I, 451. Ilustración de la Sociedad histórica, XIII, 269.

(1) Véanse las observaciones de Duncker, 259-260.

(2) Véanse las observaciones de Bruggen en La desmembración de Polonia, Leipzig, 1878, pág. 349.

(3) Ilustración de la Sociedad histórica, XX, 311.

(4) Véase Jauffret, II, 35, que se apoya en una carta del embajador francés en Constantinopla, fechada en 3 de junio de 1772.